

Maracaibo

en 100 palabras

Astrid Petzold

Arquitecta, Profesora de la Facultad de Arquitectura y Diseño de LUZ
apetzold@luz.edu.ve

Partiendo de una experiencia llevada a cabo en Santiago de Chile en el año 2001, por iniciativa de la *Revista Plagio*, se realizó en la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Zulia, en la electiva “*La estética a través del imaginario*”, una actividad denominada *Maracaibo en 100 palabras*, que consistió en escribir un cuento corto sobre Maracaibo o sobre la vida urbana de la ciudad, con la finalidad de desarrollar en los estudiantes un sentido crítico y de reflexión acerca de la realidad, percibida desde su cotidianidad.

Estos escritos reflejan el imaginario urbano construido a partir de la experiencia urbana de los estudiantes que, mediante el relevamiento de la cotidianidad, buscan cuestionar las formas aprendidas de ver la ciudad, para comenzar a descubrirla.

Este ejercicio se realizó durante el período octubre-diciembre de 2004, junto con una serie de actividades desarrolladas sobre la ciudad: *retratar la ciudad, reescribir la realidad, la ciudad ajena*, que permiten al estudiante descubrir, desde su propia óptica, la poética del espacio urbano. Con ello, se busca aproximar al estudiante a las diversas representaciones artísticas (fotografía, música, pintura, literatura, arquitectura, entre otras) para convertirlas en parte de su cotidianidad.

La electiva *De la certeza a la duda* se plantea como una posibilidad de estimular a los estudiantes a pensar, como diría Ando⁽¹⁾, “en las posibilidades inherentes a la incertidumbre, que nos despierte a nuevas posibilidades” y a desarrollar, como futuros arquitectos, la capacidad de cuestionar su realidad arquitectónica.

En total se produjeron veintiocho (28) cuentos, de los cuales se presentan a continuación cinco de ellos, en los que se expone, de forma creativa, la ciudad en sí misma y en sus tiempos.

No me pisen que voy con chanclas

Estoy en un cuarto ajeno, un sótano frío y sin ventanas, muy maracucho.

Irónicamente, esto es lo que más recuerdo de mi ciudad: un buen aire acondicionado y una ventana tapiada. Es típico de aquí la negación: un sweater, jeans calientes y unos zapatos asfixiantes.

Dios me libre de la descontextualización que me permita ser siempre “tropical”: franela, falda y chanclas. Que jamás olvide los edificios que funcionan sin acondicionamiento de quirófano, y que la bella luz no me cocine por una platabanda que me roza la cabeza. Prefiero el por-venir: aceras amplias arborizadas,

peatones con sombrero y ropas blancas. Mejor así, olvidar las aceras laberínticas e irradiantes, las tablillas de horno y las frituras acalorantes.

¿No-identidad, esnobismo o alienación?

¡Pero es que no se han dado cuenta de que el Ecuador nos pisa los talones!

Carolina León Veljovic

Nosferatu de la Ribera

“Es un horno a cielo abierto”, dice mi abuelo. “Puro concreto ardiente y pavimento-que-te-derrites”. “Nosferatu

de la Ribera” anuncia un cartel a la puerta de su casa de retiro. Este señor centenario, nacido en Los Haticos, es un fiel amante de esta ciudad y un fervoroso odiante de su urbanidad. “Coño, ¿qué es esa vaina que las casas son escafandras y los carros, naves? Como en una película del futuro, donde el aire está envenenado y el sol es un rayo asesino”. Se exilió al norte, compró tres playas en la Rosita y se construyó “el rancho más vergatario: madera, árboles y animales”. Nunca soportó las “ratoneras de mármol”, ni las “escafandras”. Dice que se enfermó de “esquizofrenia habitacional” por tratar de vivir cómodo y coherentemente; por un momento hasta vivió el horario nocturno. Le gusta conservar el apodo; mantiene alejados a los visitantes del “pantano petrificado”.

Ernesto Montiel Barboza

Laboratorio humano

Los Kromos de Alba me liberan del mundo onírico, advirtiéndome la llegada del sol.

Ya los grillos estriludan el último concierto bajo las estrellas de la madrugada. Un nuevo día empieza a brillar con el sol y las aves, con la gente y la cultura, y nadie se da cuenta de que están hipnotizados por ella: la ciudad, y sin saberlo nos dirigimos a ella, todos los días, o casi todos, para rendirle tributo y hacerla más dinámica o congestionada, para encontrar algo que podría ser una gran sorpresa, nadie lo sabe. Sólo que el Ángel de la Muerte está detrás de nuestras orejas, ¿o es el Ángel de la Guarda? Yo pienso que son el mismo y que siempre se ríe de nuestras tragicomedias.

Somos conejillos de indias o experimentos heredados por la cultura del pasado...

José Ricardo Padilla

Este lugar me atrapa

No encuentro palabras para expresar cuánto lo amo y lo detesto a la vez. Aquí no es muy hermoso, la calle está llena de

huecos y los vecinos son ruidosos. Desde que amanece se escucha la música, hasta muy entrada la noche, y cuando ésta cesa, entonces se oye el grito de uno que llama al otro que está en la licorería de atrás o en la casa del vecino.

A pesar de no ser un paraíso, a este lugar regreso todos los días a descansar. Toco mi piano y, desde la ventana me hago parte del lugar y sus sonidos. Cuando salgo y camino, soy parte de su gente, del rostro de este sitio que, además, es parte de mí.

Jennifer Morrell

Quisiera llegar rápido

Estando en el área del pasado, esperando desesperadamente un cohete en el Centro de las Partidas, vemos acercarse aquel monstruo que trae consigo un Pregón que nombra batallas, santos y hasta sitios espumosos hacia el sur y el Centro de las Partidas.

Se acerca más; es mi oportunidad. He corrido hasta alcanzarla, estoy adentro ¡por fin! como sardina en lata, pero estoy. Al alcance, una cantidad de servicios VIP que, por estar de pie, “esparde con esparde”, no puedo consumir.

Se ha detenido pero aún no llego. Dice Pregón: “¡Bajando pa’ bajo pues!”. Han salido: Pingüino, Agüero, Pañitos 3x100 y, por supuesto, el hombre con récipe en mano.

De pronto, el Centro de las Partidas. “Ya cayó”, dice Pregón. Sí, he caído, pero aún no llego.

Maulis Rodríguez Echeto

Notas

(1) ANDO, Tadao (2003). TADAO ANDO. Conversaciones con Michael Auping. Barcelona: Gustavo Gili.